



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

Antes del alba (fragmentos)

Vine al mundo
con una fe inquebrantable en la palabra.
Pequeña, susurrada, enrarecida,
a veces escribo.
*

Escribo cada comienzo
y lo quemo sistemáticamente.
Escribo y no soy.
No escribo y soy aún menos.
*

Escribo
hasta ver arder
un pedazo de mi alma.

*
Temo que la página en blanco
me coma, escupa, diga algo.
Temo y escribo.
*

Mi miedo
es saber la respuesta
del por qué escribo.
*

Desaparezco
en los poemas
perdiendo todo miedo
a lo imposible.

*Dafne Malvasi
Italia*

Revista digital de cultura
Año XXXVII, Edición 758,
Diciembre - 2025

Erasmus Zarzuela
Antes del alba
Acuarela, 2025



La imaginación

La loca de la casa guarda un triste silencio
no la veo ni escucho su vuelo sigiloso
ha de estar escondida en algún sitio oscuro o
hábrase ido lejos en señal de protesta
le quitaron los libros y la música
que eran su alimento
a ella le bastaba una imagen fecunda
o algún breve sonido de fagot melancólico
para armar sus poemas
ya no creo que vuelva a esta cueva vacía
ahora en soledad balbuceo estas líneas
que huelen a epitafio.

Antonio Terán Cabero
Poema inédito, escrito hace pocas semanas.

El periplo de una fugitiva, casi una pirata: Norah Zapata-Prill

Juan Carlos Ramiro Quiroga

Comentario al libro *Poesía reunida* de Norah Zapata-Prill, recientemente publicado.

“Llegar en un tren
esperarle en el andén
verle tomar el mismo tren
¿Qué viaje es este que nunca tiene sueño?”
(El mismo tren)

Norah Zapata-Prill es una fugitiva empedernida y dada a la aventura en el gran piélago del orbe, casi una pirata de los siete continentes. Tanto es así, que su primera fuga ocurrió en la juventud cuando decidió dejar Cochabamba y venir a vivir a la ciudad de La Paz –a estudiar y a hacer su propia vida en solitario. Lo logró con creces. Su vida se asemeja muchísimo a la del poeta Primo Castrillo, oriundo de Luribay, quien después de haber logrado la profesión de profesor normalista tanto en La Paz como en Sucre, tomó la decisión de irse a forjar futuro a Estados Unidos de Norteamérica, en la tercera década del siglo XX, a miles de kilómetros de Bolivia, navegando por el Pacífico, cruzando el Canal de Panamá, hasta desembocar en Nueva York. Después de pasar una década en La Paz, Zapata-Prill tomó su equipaje y se fue a vivir a Suiza tramontando el Atlántico y otros mares por Europa. ¿Por qué tomó esa medida extrema? Solo ella lo sabe y ha permanecido en ese exilio, buscado con fervor y afán. Roto a veces con retornos breves a Cochabamba, Tarija y La Paz. La nostalgia y la melancolía son piedritas en el zapato de la trotamundos. Su reciente libro *Poesía reunida*. 1975-2024 (La Paz-Santa Cruz de la Sierra, Letreo Editores, 2025) es la bitácora de esa travesía, que la llevó primero a una hoyada altiplánica y después al mundo (Lausana, Viena, Venecia, Estrasburgo, Berlín, Ostuni y Barcelona). Como Castrillo, jamás logró quedarse quieta en el lugar de origen. Esta antología poética exhibe y puntualiza esa inquietud.

Hay palabras que dejan en claro su condición de transeúnte e inmigrante, de viajera y trotamundos, de errante y peregrina, de mochilera y poeta nómada. En definitiva, de aquella expatriada que no se cansa ni se fatiga en decir adiós o volverse adiós a cada momento de la existencia, hasta perder el sentido del viaje o no dar esa importancia al mismo tránsito: “he viajado toda la noche en un tren desconocido”, dice en uno de los primeros poemas de su primer libro, *De las estrellas y el silencio* (1975). “Eres bestia terrestre que huye”, refuerza en este mismo poema.

Una constatación de esta forma de vivir en traslado o cambio continuo, muy reflexiva, deja al desnudo el atroz espectáculo de la soledad y de lo irremediable: “Mis pies / han querido partir / y estoy a solas con mi huida”, sostiene Zapata-Prill en el primer poema de la segunda parte de este su primer poemario.

A esta fuga por fuera se va generando otra más sensible por dentro: un viaje más íntimo y productivo hacia sí misma. Aquí la introspección y permanencia de Zapata-Prill encuentran su embeleso o detención más feliz. Y logra los momentos más increíbles en esta antología.

Transitar a sí mismo es conspirar con el alma. La autora ha decidido soltar los amarres de Odiseo y dejarse arrastrar por el oleaje –abandonar el ancla y bucear en las profundidades. Encender el fuego interior y atenerse a las consecuencias. Perturbar-

Norah Zapata-Prill
Poesía reunida
1975 – 2024



LETRERO editores

se con el cántico de las sirenas o arpías. Y ahí Fascinación del fuego (1985) es un poemario capital. El paso de lo frío a lo cálido crea un tráfico de arrebatos y sobresaltos. “Parece que se moviera como una sonámbula”, dice Juan Quirós.

16
Busco algo más
(...)
La oscuridad iba robándole luz
a tu fogata para alumbrarse

Eras
parte de las llamas
Te sumergías

La noche
se
alumbraba contigo”

Una impenitente como Zapata-Prill ha reflexionado muchísimo sobre su condición de náufraga e inmigrante. Tanto es así que “Venecia sin ti” es el poema inobjetable de ese deslumbramiento y de ese reparo.

“No sé por qué capricho de las cosas
sin que nadie me mande
yo repito mi viaje

¿De qué viajes se inspira el hombre
si todo el tiempo el viaje viaja?
(...)
Después de todo todo es viaje”

Alba María Paz Soldán ha detectado ese vagabundaje en la primera antología de la poeta cochabambina en 2008. “Somos viaje, y esto implica el apartarse, el desarraigo”, observó. “Viajeros somos / viajeros moriremos”, casi le contestó Norah en su poema “Nómadas”.

La Paz, miércoles 12 de noviembre de 2025



el duende
director: benjamín chávez
director honorario: luis urquieta molleda (†)
consejo editor: edwin guzmán o.
patricia urquieta c.
erasmo zarzuela
martín zelaya s.
coordinación: julia garcía o.
duendeoruro@gmail.com

el duende no comparte
necesariamente las opiniones
de sus colaboradores.

www.elduendeorurocultural.com

La circulación de libros y la lectura en Charcas (hoy Bolivia)

Andrés Eichmann Oehrli

Este texto es un fragmento de “La literatura en Charcas: factores que favorecieron su cultivo”, capítulo del libro *Cuatro siglos de literatura en Bolivia en el horizonte del Bicentenario republicano 1825 – 1925*, cuya edición estuvo a cargo de Tatiana Alvarado Teodorika. (ED Renacimiento – España y Ed. 3600 – Bolivia) y que fue presentado la semana pasada.

Comenzaremos con otra afirmación de fray Justo: “[l]os libros que has encontrado por fortuna son demasiado raros en todo el Alto Perú. En esta ciudad [Cochabamba] solo sé de tres bibliotecas particulares, de unos cuatrocientos volúmenes cuando más”¹. Esto dista muchísimo de la realidad que, por ejemplo, arrojan los datos que ofrece Marcela Inch en relación con la ciudad de Potosí entre 1767 y 1822 (época en la que su esplendor proverbial era cosa de un pasado ya bastante remoto). Es verdad que Cochabamba, la patria de Juanito y de fray Justo, no era lo mismo que Potosí, pero es difícil pensar en una situación radicalmente distinta. Más adelante veremos algo sobre la educación femenina, a fines del siglo XVIII, entre otras ciudades en Cochabamba.

La investigadora mencionada estudió los inventarios de 37 bibliotecas particulares de la Villa Imperial y de regiones aledañas. Varias de ellas (7) tenían menos de 20 libros, por lo que casi no cuentan como “bibliotecas”; otras 20 poseían menos de 100; pero las diez restantes suman en total 3.385 libros². Estas cifras no reflejan sino una parte de las bibliotecas privadas potosinas del periodo, aquella que emerge principalmente de los protocolos notariales y expedientes de juicios que pudo revisar la autora del trabajo. En tales documentos se hace el registro de los bienes de una persona por diversos motivos: entre otros, por testamento o por partición de bienes. Téngase presente también que “durante la elaboración de muchos de estos elencos no se tomaron en cuenta los libros, especialmente si eran escasos”³.

La afirmación que Nataniel Aguirre atribuye a su personaje puede sazonzarse con otro prejuicio que se mantuvo por lo menos hasta la década de 1940: la idea de que las autoridades impidieron la llegada a América de obras de diversa índole. Bastó saber que la corona de Castilla había emitido, en diversas fechas del siglo XVI, prohibiciones de transportar a las Indias diversos tipos de libros (de ficción, luteranos, etc.), para que muchos creyeran que la realidad se ajustó a tales disposiciones. Sin embargo

[h]istoriadores de diferentes países (Torre Revello, Millares, Lohmann, Leonard y otros) concluyeron que entre la ley y la realidad hubo enorme distancia, y demostraron que, pese a las leyes restrictivas, en Indias se leyó toda clase de libros, comenzando por los de caballería en plenos siglos XVI y XVII y acabando con los antimonárquicos y antirreligiosos en el XVIII⁴.

Como es habitual, el ninguneo puede hacerse pronto y sin pruebas, mientras que un auténtico conocimiento, en cualquier área, es fruto de largos años de investigación. Para llegar a saber algo sobre la circulación de libros en estas tierras y su penetración en la sociedad, hubo que esperar hasta la publicación de estudios que comenzaron a ver la luz a partir de la clásica obra de Irving Leonard, *Los libros del conquistador* (1949). El autor trata sobre todo los libros de ficción que circularon principalmente en México, pero también en Filipinas y en Sudamérica.

En el último medio siglo los avances sobre historia del libro en la actual Bolivia no llegan ni de lejos a la producción de otros países de nuestro entorno, pero al menos permiten atisbar algo en torno a la llegada y utilización de libros en nuestra sociedad. Uno de los primeros aportes es el de Daisy Rípodas, que publicó en 1975 un esclarecedor trabajo titulado “Bibliotecas privadas de funcionarios de la Real Audiencia de Charcas”.

Marcela Inch, por su parte, dimensiona

mediante el análisis de tres inventarios grandes y cincuenta y nueve inventarios menores procedentes de Potosí y La Plata, de 1572 a 1639 y de 1570 a 1665 respectivamente, la magnitud de la difusión del libro en esas ciudades y la variedad de autores, títulos y temas ofrecidos en ellas por los comerciantes. Oferta que sin duda obedeció a una demanda real y efectiva de una población lectora cuantitativamente importante⁵.

Josep M. Barnadas, además de las piezas fundamentales de las que ya se ha hablado, en 1990 compiló la excelente obra titulada *El libro, espejo de la cultura. Estudios sobre el libro. La cultura en Bolivia*⁶, en el que reúne 12 trabajos de distintos autores, de los cuales dos son de interés para nuestro tema. En primer lugar, el de Lorenzo Calzavarini O. F. M., quien, con la ayuda de los inventarios de la biblioteca del convento franciscano de Tarija realizados en distintos años de los siglos XVIII, XIX y XX, observa la diversidad de preferencias (que muestran según el autor, “la relación entre libro, cultura y acción”⁷) que se fueron manifestando a lo largo del tiempo y que se reflejan en las temáticas que abordan los 8.513 títulos presentes en la biblioteca. En segundo lugar está el capítulo de Édgar Valda, que analiza la biblioteca que tuvo un clérigo rural, José Patricio Gutiérrez, cura del pueblo de Nuestra Señora de la Concepción de Siporo (Partido de Porco, hoy Provincia Cornelio Saavedra, Departamento de Potosí), cuyo inventario se realizó cuando murió, en 1787. Poseía 90 títulos, con un total de 201 volúmenes⁸.

Rípodas publicó, en 1977-78, un análisis de un epistolario que el desterrado oidor José Agustín de Ussoz y Mozi escribe a un amigo suyo de Chuquisaca, y comprueba:

Nada más significativo, dentro de los afa- nes del confinado por salir con bien de las dificultades y por reconstruir en lo posible su mundo de antes, que su preocupación permanente por la biblioteca que ha debido dejar en La Plata. Los libros de Ussoz y Mozi, sea que se erijan en asunto único de algunas de sus cartas, sea que aparezcan en otras en breves pantallazos, constituyen el tema por antonomasia de su correspondencia⁹.

En una de sus cartas, en el colmo de su pena, “declara ‘yo, sin libros, no puedo vivir’”¹⁰. Su biblioteca constaba de 706 volúmenes.

En 1983 la misma autora había examinado los inventarios de 243 bibliotecas privadas chuquisaqueñas del periodo 1681-1825, 117 de las cuales corresponden a los años 1782-1825¹¹. Y en 1992 ofrece el análisis de la biblioteca que el funcionario ilustrado Antonio Porlier lleva a La Plata, que consta de 1146 volúmenes; en ella distingue, como es habitual, los libros de uso profesional del grupo de libros “paraprofesionales, en cuanto se consideran útiles para el mismo objeto; y por último, un tercero, de obras recreativas”¹².

Teodoro Hampe Martínez estudia las bibliotecas en el virreinato del Perú entre fines del siglo XVI y principios del siguiente. Entre otros datos de interés, se encuentra su somera descripción de la biblioteca del criollo Hernando Arias de Ugarte, siguiendo el inventario de sus libros (entre otros bienes) hecho en 1614 cuando, habiendo sido oidor en La Plata y habiéndose ordenado más tarde sacerdote, fue consagrado obispo de Quito. Pasaría más de un decenio hasta que fuera designado arzobispo de Charcas, donde lideró el Primer Concilio Platense, al que acudieron los obispos de las diócesis sufragáneas de Santa Cruz, Paraguay y Río de la Plata. Su biblioteca contenía, en 1614, 640 libros.

Pedro Rueda y otros dan a conocer la intensa circulación de libros de todo tipo y procedencia en los virreinos americanos. Pedro Rueda, por ejemplo, analiza las denuncias del impresor Serrano de Vargas en 1625 contra la incuria de los funcionarios que debían controlar en Sevilla el flujo de libros internacionales y contra los libreros que lucran gracias a la “distracción” de dichos funcionarios. Denuncias interesadas, gracias a las que esperaba la licencia para establecerse en dicha ciudad. A continuación, muestra el poder que tenía el gremio de los libreros, quienes logran dejar sin efecto el intento de Felipe IV de imponer una alcabala sobre los libros. Muestra también las conexiones americanas de las imprentas sevillanas; conexiones

ligadas a la aventura de publicar con riesgos considerables y con el mercado americano siempre en perspectiva. Basta recordar el caso de las fianzas abonadas por Juan López Román, el más importante librero de la ciudad en la década de los cuarenta [del XVII], tras la visita a las imprentas sevillanas donde se suponía se publicaban algunos libros sin los debidos requisitos legales [...], saliendo de las cárceles los impresores y circulando las ediciones detenidas sin problemas¹³.

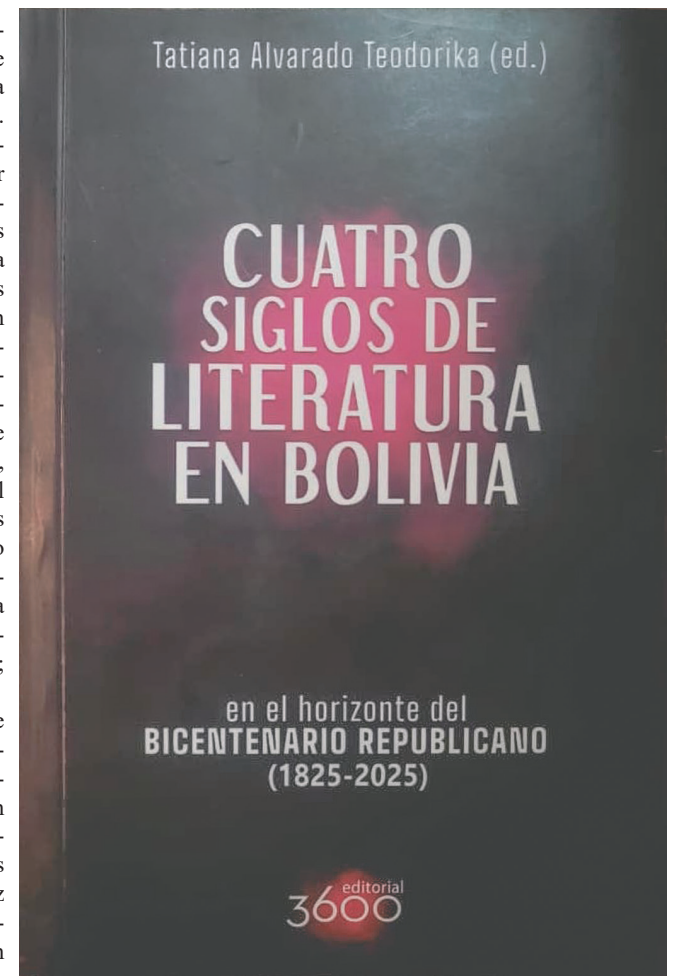
El mismo autor observa el gran lucro de los agentes sevillanos que supieron posicionarse como intermediarios entre impresores de otros países y la Carrera de Indias:

Los grandes centros productores [de Europa] tienen entre sus objetivos el envío de lotes de libros para su comercialización en América. No en vano, los oficiales impresores franceses afirmaban orgullosos en 1572 que *París y Lyon surten a la cristiandad entera libros en todas las lenguas*¹⁴.

Todavía queda mucho por descubrir en ese campo. Es de gran utilidad, por ejemplo, ver qué obras son citadas por nuestros escritores para darse cuenta de que entonces los libros llegaban en muy poco tiempo desde su salida de las prensas en Europa¹⁵. Es elocuente el caso del agustino criollo Alonso Ramos Gavilán, quien en su *Historia [...] de Copacabana* (1621) incluye una cita del *Coloquio de los perros*, de Miguel de Cervantes, publicado en 1613. Para que esto fuera posible

en sólo ocho años ocurrió todo lo que sigue: el volumen de las *Novelas ejemplares* hubo de embarcarse, atravesar el Atlántico, cruzar Panamá, embarcarse otra vez hasta el Callao, ser leído con interés por Ramos Gavilán, quien por otra parte identificó el pasaje que consideró de utilidad para su propósito, lo incluyó en su obra, y esta acabó de imprimirse¹⁶.

Otro agustino erudito y criollo (chuquisaqueño), fray Antonio de la Calancha, solamente en su *Corónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú* (1638) cita a más de medio millar de autores distintos¹⁷, con lo que podemos hacernos una idea de las colosales bibliotecas que tuvieron los religiosos de esta orden. En el siglo siguiente, en Potosí, Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela frecuentaría (entre otros) los libros de otro agustino amigo suyo, fray Juan de la Torre, para componer



su oceánica *Historia de la Villa Imperial de Potosí*¹⁸.

Notas.

1. N. Aguirre, *Juan de la Rosa*, cap. IX; en la edición de 2010, p. 188.
2. Además, pueden sumarse las existencias de dos comerciantes que, entre otras cosas, vendían libros: Juan de Simancas (10 volúmenes) y María Manuela Loma (3831 volúmenes). Ver Inch, 2000, p. 148.
3. M. Inch, 2000, pp. 68 y 123.
4. M. Inch, 2000, p. 8.
5. M. Inch, 2008, p. 420.
6. J. M. Barnadas (comp.), 1990.
7. L. Calzavarini, 1990, p. 57.
8. Ver M. Inch, 2000, p. 68 y 81-84, en que hace una descripción de las áreas en las que el cura Gutiérrez se interesaba: además de las obras religiosas y teológicas, poseía muchas otras de gramática castellana, de historia, de medicina, obras de consulta, etc. No faltaban autores clásicos como Quinto Curcio Rufo y Cicerón, y al menos un ilustrado, Pedro Rodríguez de Campomanes. Cabe recordar que «según lo ha indicado con acierto Maxime Chevalier [...] muchos inventarios revelan únicamente los libros profesionales o de estudio, ignorando los textos de simple diversión» (T. Hampe, 1996, p. 30).
9. D. Rípodas Ardanaz, 1977-1978, pp. 426-427.
10. D. Rípodas Ardanaz, 1977-1978, p. 427.
11. D. Rípodas Ardanaz, 1983, respectivamente pp. 79 y 69.
12. D. Rípodas Ardanaz, 1992, p. 28.
13. P. Rueda, 2005, p. 110. Añade el autor que López Román fue, junto con Antonio de Toro, «el más importante exportador de libros a América del momento».
14. P. Rueda, 2005, p. 111. Más adelante añade que los “libreros sevillanos realizan envíos importantes a comisión de las casas de comercio de libros más importantes de Europa” (p. 116).
15. Ver Eichmann Oehrli, 2015, p. 87.
16. A. Eichmann Oehrli, 2016, pp. 87-88.
17. Ver H. van den Berg, 2015, p. 42.
18. B. Arzáns, 1965.

Bajo la lupa de Jesús

Martín Zelaya

Acaba de publicarse una selección de la columna periodística sabatina “Sin muchas letras” que Jesús Urzagasti publicó en el periódico de Martín Zelaya. Este es el texto introductorio del libro.

Aunque no pocas veces injustamente olvidado, la columna periodística es un género que nunca perdió su peso e incidencia. Se distingue por recoger, generalmente pero no siempre, la opinión política y social de los autores; no necesariamente periodistas, sino más bien profesionales partícipes directa o indirectamente de la vida pública. No son —entonces— trabajos plasmados a menudo por escritores de vocación y por ello, aunque siempre hay destacables excepciones, es común que su lenguaje, correcto y pulcro como la mayoría de las publicaciones aceptadas por la dirección de cualquier periódico, carezca no obstante de valores literarios y estéticos.

Hay valiosos y bellos artículos publicados por notables autores o gente con talento para escribir, pero por lo general estos no entran en la categoría de columna a la que caracteriza su periodicidad —la más de las veces semanal o mensual— y ubicación fijas —la misma página y sección—. Lógicamente también hay ejemplos, pocos pero muy remarcables, de piezas maestras del género columna, y no podemos olvidar citar textos de Augusto Céspedes¹ y Jorge Suárez², en Bolivia; o Juan Gelman y Oswaldo Soriano en Argentina, para no ir más allá en tiempo y espacio.

Aun en este contexto de valiosas excepciones los textos de Jesús Urzagasti destacan, y mucho, por su singularidad y creatividad. Los 297 artículos que entre 1989 y 1995 escribió casi³ cada sábado para su columna “Sin muchas letras” del diario Presencia son, como toda la producción del autor chaqueño, piezas cuidadosamente concebidas y labradas en torno a las emociones y sentires del cotidiano que Urzagasti percibía y abstraía como nadie. Decimos “cuidadosamente” adrede, pues es evidente que esta característica no suele destacar entre los escritos sometidos al terrible régimen de inmediatez del periodismo impreso.

296 sábados

Este libro ofrece una selección de 105 de los 296⁴ artículos que el

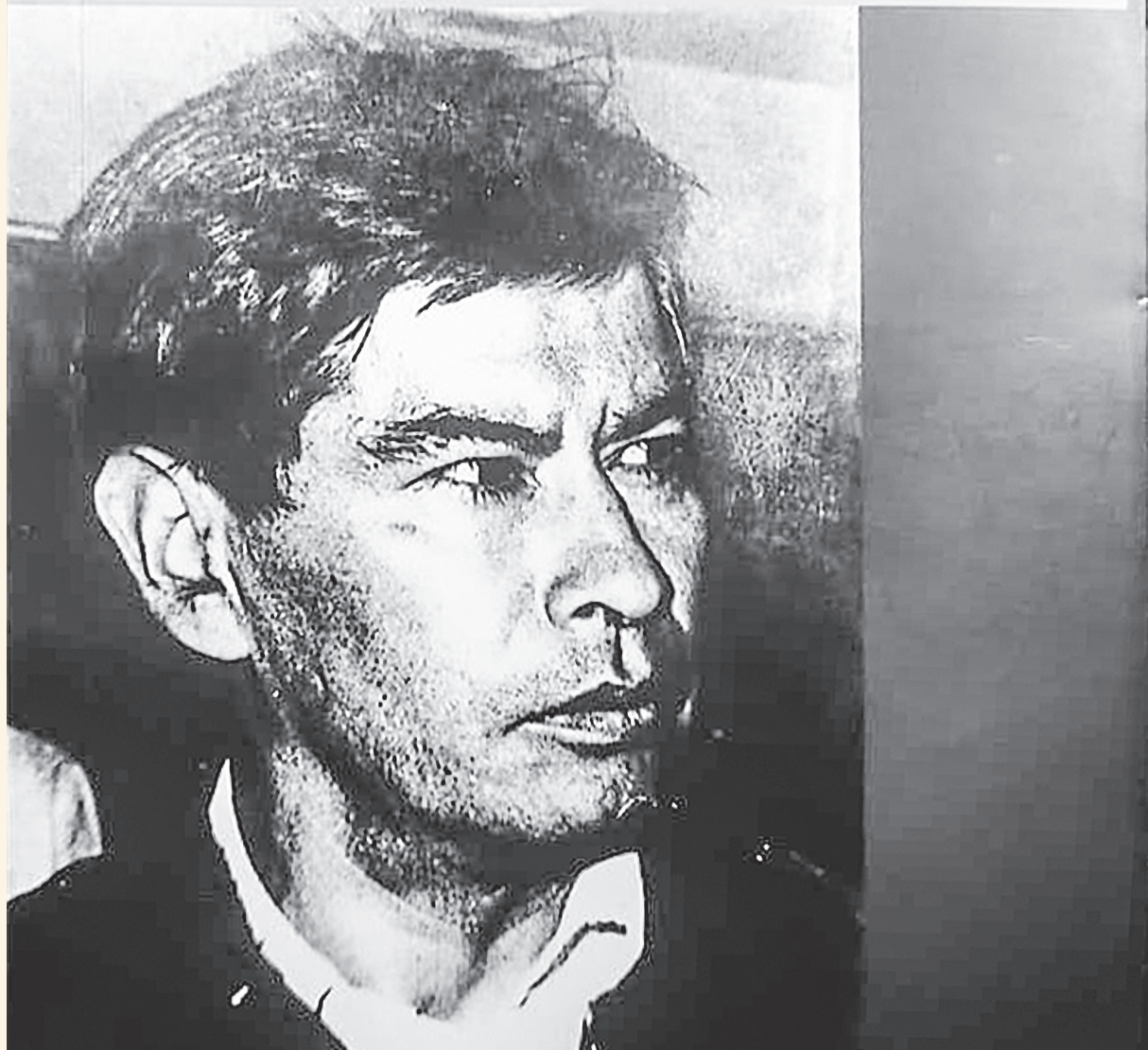
poeta escribió entre el 22 de abril de 1989 y el 30 de diciembre de 1995. Quizás más sencillo era ordenar los textos según su aparición y así reflejar sistemáticamente los acontecimientos por los que atravesaron los bolivianos en el cambio de las dos últimas décadas del siglo pasado. No obstante, nos pareció mejor reflejar este proyecto de Urzagasti según sus particulares modos de concepción, y así se optó por dividir el libro en dos secciones con dos áreas internas cada una.

Se refleja, entonces, la evolución temática y estilística de “Sin muchas letras”, pero además la pulsión del autor de acuerdo al clima externo e interno que motivaba la elección del tema, por un lado, y a las causalidades no siempre visibles superficialmente que fueron plasmadas con diferentes y específicos recursos narrativos y estilísticos, por otro. Es así que en la sección I se incluye 48 columnas bajo el título de “Filosofare” y 15 como “La jerarquía de la ficción” y en la sección II, hay 28 textos de “Habitar el mundo” y 14 de “Cultura”.

La segunda sección, como es fácil colegir, reúne textos sobre la situación general —política y social— de Bolivia, sobre todo, y de todo el planeta, en varios casos; y luego algunas reseñas, recomendaciones y apreciaciones del panorama literario y artístico. Como se adelanta líneas arriba, los criterios de clasificación no son rigurosamente temáticos ni estilísticos, sino una interpretación de estos y otros factores que confluyen en un ambiente general del texto. Es así que, por ejemplo, en “Cultura” se incluye dos crónicas literarias de una visita a Estados Unidos.

Siguiendo esta misma lógica, en “Filosofare” se agrupa perfiles de personajes anónimos —en la mayoría de los casos— y reflexiones sobre la vida, la muerte, los sueños y el tiempo, temas —valga decirlo ahora— esenciales no ya en todo este libro, sino en la vasta obra en prosa y verso de Urzagasti. En “La jerarquía de la ficción” siguen presentes las semblanzas y cavilaciones varias, pero con una característica formal distintiva: universos ficcionales⁵, diálogos imaginarios e incluso breves cuentos canalizados para transmitir ideas concretas.

Sin muchas letras jesús urzagasti



¿Por qué 105 y no 50, 100 o 200 columnas? Sencillamente porque tras la recuperación de la totalidad de los textos⁶ y una detenida lectura se decidió que no ameritaba publicarlos todos, no porque algunos no tengan la calidad y pertinencia, ni mucho menos —no es necesario a estas alturas redundar en la alta autoexigencia del autor—, sino porque muchas veces la rutina y contexto de la agitada vida política boliviana durante el neoliberalismo, instaron a Jesús a referirse a hechos y sucesos muy específicos, protagonizados por personajes concretos que no resistieron

el paso del tiempo: escándalos de corrupción, inmundicias políticas, afrentas sociales, etc.

Miradas

No deja de reflexionar —y ya entrando al análisis de fondo— sobre la coyuntura, imprescindible misión periodística —y Jesús era de los periodistas de buena cepa que tanto nos faltan ahora—. Así, en el turbulento inicio y apogeo del neoliberalismo en que sacó adelante esta columna, hay muchas dedicadas a denunciar la corrupción y el abandono del pueblo, exhortar a la memoria, reivindicar los derechos y necesidades..., pero sobre todo,

abundan descripciones y perfiles de situaciones y personajes “x” impresiones al caminar por la calle, diálogos con trabajadores y parroquianos, y recuerdos, muchos recuerdos, de la sabiduría de los hombres y mujeres comunes con quienes interactuó a lo largo de su vida. La memoria, indudablemente, es un puntal esencial en la obra de Urzagasti.

Más que descripciones, sus textos son interpretaciones que van más allá de lo aparente y desentrañan idiosincrasias, realidades, sentires. Una lectura del país muy original y acaso sin parangón en dos siglos

Sin muchas letras: Dos ejemplos

Jesús Urzagasti

ico Presencia entre 1989 y 1995, con prólogo y selec-

de historia de la prensa escrita.

“La luz entre las sombras”, se llama uno de los textos recogidos en estas páginas que sintetiza, de pronto, la mirada prioritaria de Jesús hacia esos asuntos trascendentales —vida, muerte, tiempo, memoria— que de tan presentes e inevitables a la mayoría casi ya ni nos convocan (¡vaya paradoja!) a considerarlos detenidamente. Copiamos los primeros tres párrafos:

Se dice que la vida de un ser humano cambia desde que lleva en la memoria a su primer muerto. Unos tienen la fortuna de alcanzar la juventud sin que una repentina ausencia turbe su transcurrir por la tierra, la morada común; y así miran el paisaje iluminado y también las noches recorridas por un inocente aire sensual.

Otros desde temprana edad deben acostumbrarse a las pérdidas de seres queridos y, por lo tanto, asimilan con ojos de otras edades la certeza de que el mundo está habitado por entidades a las que lo único que les falta es el cuerpo porque igual se hacen escuchar en los momentos de mayor recogimiento: una fruta que cae en el huerto en sombras, una finísima lluvia en la madrugada, un nombre extraviado en el bosque del diccionario.

De este modo, el memorioso, por obra de los muertos, va tejiendo su propia ausencia, con la lucidez que el propio corazón de vez en cuando se permite, a veces con la premonición de un reino perdurable, invisible en todas las cosas menos en el arbusto que resucita con su minúscula flor en el pecho (...)

En otro de los textos acá compilados, Urzagasti define así a la imaginación —cualidad con la que el universo lo dotó como a pocos—: “No es una pieza portátil sino una ingeniería del alma: precisa de instrumentos poco sofisticados para dar curso a una existencia libre”. Esperemos que este rescate haga honor a la prodigiosa imaginación, a los sueños y la memoria de este poeta, novelista y cronista imprescindible.

¹ De la ingente cantidad de crónicas, artículos y columnas que “El Chueco” Céspedes (1904-1997) escribió durante casi siete décadas en diarios nacionales y de otros países, ahora tenemos a mano una amena selección publicada por Mariano Baptista Gumucio: Céspedes, Augusto (2019). *Retratos de frente y de perfil*. La Paz: Plural Editores.

² Las columnas que entre fines de los 50 e inicios de los 60 escribió Suárez en el diario El Mundo, bajo el título de “El falso conejo” y con el pseudónimo El Paspártú, tienen la peculiaridad de haber sido redactadas en verso rimado. Tomamos el siguiente ejemplo del libro en el que él mismo compiló las mejores: Suárez, Jorge (1961). *Los melodramas auténticos de políticos idénticos*. Cochabamba: Editorial Canelas.

Para queps quieren luz las que van a dar a luz

(3 de diciembre de 1959)

Porque la Luz y Fuerza (oscura empresa / de la que soy contribuyente, / por lo cual compro velas de una pieza) / le cortó la corriente / a la Sección Maternológica / del Hospital Obrero, / una pluma zoológica / de este insulso vocero / le ha lanzado un epíteto prosódico / en la primera plana del periódico. / Semejante agresión desorejada / solo pudo haber sido concebida / por alguien que en su vida / jamás tuvo la mente / iluminada. (...)

³ Casi, porque generalmente a fin de año se tomaba algunas semanas de descanso, merecidas vacaciones que solía pasar en su Chaco natal; y, en otros casos, por viajes al exterior e incluso porque en feriados religiosos (Semana Santa, Navidad) el diario no se publicaba.

⁴ En una tabla que va como anexo a este texto introductorio se puede revisar los títulos y fechas de publicación de las 296 columnas.

⁵ Algún guiño a situaciones y personajes ya retratados en novelas como *De la ventana al parque* y *En el país del silencio*.

⁶ La familia de Jesús nos confió inicialmente poco más de cien recortes de “Sin muchas letras” que él había guardado en una carpeta. A lo largo de varios meses —muchos más de los que hubiésemos querido— logramos, luego, una recopilación y verificación completa en la colección hemerográfica de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional. Así se pudo identificar y registrar las 297 columnas.

El camino

Todos los caminos llevan a Roma, se ha dicho en un leguaje metafórico para indicar que no hay una sola ruta (por el contrario, son numerosas) para llegar al destino previsto. Pero también hay caminos que no llevan a ninguna parte y que, por lo tanto, es preferible atenerse a los sabios versos del poeta español Machado: “no hay camino, se hace camino al andar”.

Heidegger escribió un bello texto titulado “El sendero”, para iluminar por la vía del paseo cotidiano la intrincada vegetación de su filosofía. Por su parte, el gaucho matrero ha dicho que el camino es para el que viene y para el que va. Pero también habría que preguntarse por el que abre la senda, por el precursor, del que generalmente no se sabe nada y al que es dable imaginar como un ser memorioso, de largas orejas y muy dado a las canciones antiguas.

Recuerdo un camino que pasaba por Calamuchita y que de pronto era interrumpido por un río de crecidas aguas, al que había que vadear para continuar el viaje, siempre a pie por un espacio donde se amontonaron las piedras y el ruido inicial del mundo. Uno tenía la sensación de que ahí había empezado a funcionar el universo con su hermética relojería de milagros y asombros.

Las carreteras anchas, para vehículos de gran tonelaje, no han suplantado al camino de herradura por donde solía ir el jinete montado en mula, burro o caballo. Basta que la noche caiga para que los antiguos senderos recuperen su magia y de pronto sean portadores de poderes que reducen al viajero a la condición de sombra errante. ¡Y qué decir de los caminos abandonados! El hombre, con ser tan destructor, deja sin embargo su impronta, sobre todo cuando está ausente de los lugares donde trajinó con fervor, inteligencia y coraje. Un camino abandonado es eso: la huella de tiempos pasados cubierta por hojas secas, donde ni los pájaros cantan con la inocencia de antaño.

El sendero es muy distinto para el que va a pie: la tierra demora en pasar, de modo que la vista registra con rara minuciosidad el tránsito de las hormigas, el vuelo del moscardón, el silencio de la paloma en el más tupido ramaje de un árbol, el sonido de algo que parece provenir de la paja brava y que en verdad surge del organismo del caminante.

Un camino es para partir y para llegar. Aparentemente es el mismo, pero no lo es. Lo sabe el que parte y lo descubre el que llega: en ambos hay alegría, pero en el segundo se acumuló el cansancio y solo quiere dormir bajo un techo sobre el que cae la infinita lluvia de la infancia. Un camino no es camino si no lo recorrieron los hombres. Y un ser humano no es tal si no lleva el vestigio mayor en la mirada, el reposo imaginario del movimiento perpetuo de las cosas. Será por eso que siempre recuerdo a aquel caminante que parecía ir, pero que en realidad venía: con el que nunca me crucé y al que jamás pude alcanzar...

Regular para no recular

No sé por qué en estos días han retornado del pasado figuras muy caras para este cronista. Don Hipólito Mamani, por ejemplo, de unos cuarenta y ocho años (si se puede saber la edad de una persona sin someterla a un interrogatorio imprudente), y con ánimos de aprender a leer como un niño inocente y aplicado. No reía al divino botón, pero lucía un semblante muy dado al prójimo, sin los entresijos que a veces deja la vida por obra del sufrimiento mal asimilado. Vivía por aquellos tiempos en una comunidad muy alejada de la carretera La Paz-Oruro, de modo que del camino real debía continuar en bicicleta por lo menos unas cinco horas. Había venido a la ciudad exclusivamente a llevarse unas flores que no tenía en su jardín. Lo vi feliz con sus macetas, ajeno a las vicisitudes del mundo, convertido en guardián de una belleza terrestre a la que nunca le había sido infiel. Don Calixto Montaña, carpintero y excombatiente de la Guerra del Chaco. La edad no le había

enturbado las ideas que surgen de la experiencia, y tampoco la jovialidad que en él no era producto de un optimismo tramping. Una sola vez se le resbalaron dos lágrimas: fue cuando se preguntó qué suerte habrían corrido dos de sus hijos que vivían en Argentina cuando allí mandaban los militares. En el fondo sabía que no los volvería a ver. Luego, don Calixto se acomodó la boina y volvió a sonreír mostrando una notable colección de periódicos, obra de su espíritu lector.

Don Joaquín Nogales, minero, portero y excombatiente de la Guerra del Chaco. Había compuesto un caluyo con una letra contraria a los chilenos y como un homenaje al litoral boliviano. En cambio, no compuso nada para los paraguayos, a los que respetaba por haberse introducido en su vida como personajes de una pesadilla que agobió a dos pueblos hermanos. Don Joaquín estaba convencido de que había salido vivo del Chaco por haberse soñado con un caballo blanco que trotaba a la vera de una laguna donde él recogía agua. Años después, mitigaba el dolor de perder a su hijo Indalecio, entre otros dolores, con sus bromas y con el secreto de su charango que correspondía a su alma de minero.

Don Tomás Mandicuyo, guaraní que vivía como si tuviera todo, siendo que no tenía nada. Dejó dos o tres composiciones, que eran un adiós de su raza, las únicas que cantaba con el alma en vilo, porque las otras las desgranaba a punta de carcajadas. Don Toribio Cuñanchiro, guarayo, compositor y poeta. “Voy a cantar mi ignorancia”, decía para abrirse paso entre quienes, sin conocerlo, habían nacido para admirarlo. Su pieza *Soy gomerito* fue grabada por el artista cruceño Lorgio Vaca junto con otras que lo revelan de cuerpo entero: lleno de amor por la vida. De sus pérdidas, ni hablar.

El personaje que se repite en los sueños con una sonrisa o con una frase: “regular para no recular”.

Shakespeare

Tres sonetos traducidos por Ricardo Calla Ortega

Soneto 1

De las criaturas más bellas deseamos que rebroten,
Para que de tal modo la *Rosa* de la belleza nunca muera,
Pero así como la más madura debe morir con el tiempo
Sus tiernos nuevos brotes pueden mantener su memoria:
Pero tú, embargado con el brillo de tus propios ojos,
Alimentas la llama de tu luz con tu propia combustión,
Engendrando hambre donde reina la abundancia—
Tú mismo tu enemigo, demasiado cruel con tu dulce condición.
Tú que ahora eres el tierno ornamento del mundo
Y el único heraldo de la alegre primavera,
En tu propio capullo sepultas tu contento
Y, lozano y gentil tacaño, despilfarras avaricia.
Ten piedad del mundo o sigue siendo este insaciable—
Para devorar lo que le adeudan al mundo, tú y tu sepultura.

Soneto 15

Cuando considero que todo lo que crece
Dura en perfección un solo instante;
Que este escenario inmenso es solo una apariencia
De aquello que con influencia oculta dictan las estrellas.
Cuando percibo que los hombres se propagan como la hierba
Impelidos y limitados incluso por este mismo cielo,
Orgullosos de su juventud, para decaer desde la altura
Hasta desgastar toda la memoria de su valeroso estado.
Cuando el engaño de esta inconstante estadía
Te presenta rico en juventud ante mi vista,
Allí donde el Tiempo devastador compite con la Ruina
Para cambiar la juventud de tu día en noche sórdida.
En guerra total contra el Tiempo por amarte,
Mientras él te despoja, yo te Inscribo y te renuevo.

(31 de Octubre, 2013)

Soneto 18

¿Debo a ti compararte con un día de verano?
Tú eres más adorable y más templado:
Vientos violentos sacuden los capullos de Mayo
Y el verano en arriendo tiene vencimiento temprano;
A veces el brillo del ojo del cielo es demasiado ardiente,
Y a menudo su dorada complexión se apaga y languidece;
Y toda la belleza de lo bello declina en algún momento,
Despojada por la suerte o por el paso cambiante de la naturaleza:
Mas tu eterno verano nunca ha de desvanecerse
Ni perderá la posesión de la belleza que posees
Ni la muerte podrá envanecerse de haberte tenido en su sombra
Cuando en versos eternos crezcas con el tiempo.
Mientras los hombres puedan respirar y los ojos ver
Esto seguirá siempre con vida, y te dará vida eternamente.

(20 de Noviembre de 2013)

Cirugía

Roberto Acuña

A la una treinta de la tarde,
en un miércoles donde apenas se asoma Dios,
con la fría temperatura del instrumental médico
colocan mi carne en el espejo ciego
de la plancha de operaciones.

Sentiré la mano de la anestesia en mi garganta,
¿dónde iré?
¿Podré encontrar un sueño que me reciba?
¿Qué regiones habitaré sin el dolor?
¿Cómo sabré que estoy herido,
que repta el tiempo sobre mí?
¿Sentiré el tiempo sin el cuerpo?
¿A cuántos kilómetros de mí mismo estaré?
¿A cuántos kilómetros se encuentra el amor de las palabras,
de las letras con que escribo el nombre del amor?

No soy mi cuerpo ni vine de mi cuerpo,
pero en mis huesos voy tatuado,
en cada músculo mis deseos encuentran
la fuerza injusta de su desmesura.

La tristeza es esa hiel en la madrugada,
los pies del frío que nos mantienen insomnes,
esperando un amanecer
que no termina nunca de nacer del todo.

No soy mi cuerpo,
pero voy ciego,
deslumbrado entre la piel y mis sombras.

Escucho de lejos el eco de los médicos,
me preguntan si sigo allí,
si aún habito la pobreza de mi cuerpo,
la dulce tristeza de mis imágenes,
pero no siento el tacto,
extraño la ternura del dolor,
sentir sus cicatrices
para componer la armonía del recuerdo.

¿Qué soy, qué he vivido fuera de mí?
Incluso las palabras tienen un cuerpo donde cebarse.
-Roberto, me escuchas... cuenta hasta mil...

Y sigo contando sin voz, sin boca, sin medida,
sigo contando en este mutilado sueño,
sigo contando porque quiero despertar,
y contar lo que no sé que sabe mi piel de mí mismo;
sigo contando porque quiero alejarme
de este frío de dioses enfermos,
de este frío de ángeles derrotados,
de este frío que no es frío
y que siento a pesar de estar muy lejos de mi carne.

Roberto Acuña (México, 1981) docente de la UNAM. Ha publicado los poemarios: *Ojos negros en la noche* (2019), *Regusto a diablo* (2020 & 2022), *Calaverio* (2020) y *El infierno es con nosotros* (2020).

Coleccionista de palabras

Homero Carvalho Oliva

“¿Dónde vivo yo si las palabras son mi casa?”

María Gómez Lara

Los recuerdos siempre vienen asociados a una imagen, a una palabra, a un olor, a un sabor y/o a algún acontecimiento que sirve de estímulo para que se activen. El sábado, 7 de mayo del año del Señor 2022, hablé con mi hermano Alan Díaz de Oropeza, le comenté que estaba escribiendo un breve ensayo sobre las palabras favoritas de los escritores, guardó silencio y presentí que su mutismo era evocatorio y así fue. “¿Te acordás que tenías un banco de palabras?”, me preguntó y le respondí que no, que no lo recordaba.

“Te voy a confesar algo: cuando vivíamos por Villa San Antonio, en la ciudad de La Paz, en la década de los ochenta, yo esperaba que salieras para ingresar a tu dormitorio a elegir libros para leer; en una de mis incursiones clandestinas abrí los cajones de tu escritorio y en uno de ellos encontré una cajita de madera, la abrí intrigado y descubrí que contenía fichas escritas con palabras y sus significados. Me acordé de que, todos los días, mientras leías, anotabas las palabras cuyas acepciones no conocías, buscabas en el diccionario, las descifrabas y apuntabas sus definiciones y conceptos. Creo que tenías cientos de esas fichas de cartulina”, detalló desde su casa, en la ciudad de la Santísima Trinidad, mientras yo lo escuchaba en mi teléfono celular, sentado en un café de la Ciudad de la Santa Cruz, haciendo hora para que llegara mi amiga, la poeta Gigia Talarico. Fue entonces que la nostalgia, vino presurosa a mi encuentro y recordé, recordé el recuerdo de mi hermano, me recordé a mí mismo asombrado con palabras que hallaba en los libros que leía, novelas, cuentos, poemarios, libros de historia y de ensayos políticos y sociológicos, a través de ellas estaba descubriendo el mundo, comprendiendo la realidad y mi imaginación y escasa sabiduría se alimentaban cada día; las palabras que desconocía eran un hallazgo, como perlas en la arena de una playa, algunas eran misteriosas, otras sonoras, las había sencillas como arrogantes, proteicas, de múltiples significados, en las palabras estaba el origen de todo y de nada, antiguas y nuevas, un jardín o un campo minado.

Me vi niño, anotando palabras en un cuaderno de hojas cuadrículadas; lo hacía porque quería atrapar a las salvajes y domesticarlas en mi boca para que no fueran esquivas en el momento de hablar, porque era tartamudo y me avergonzaba no poder pronunciarlas correctamente. Palabras que asombran a niños y niñas. *Aventura, Castillo, Dragón, Hada, Hechizo, Misterio, Galaxia, Océano* y muchas otras que ahora me parecen cotidianas. Me gustaba leer porque no tenía que hablar. Al principio las veía como mis enemigas, hasta que una noche, mientras repasaba las del día, el espíritu de las palabras me reveló que solamente debía amarlas para que estas vinieran a mí y, a partir, de entonces, las acariciaba con mi voz interior y las anotaba para cuidarlas, para que siempre estén en mi memoria. Como dice Joubert, descubrí que buscando palabras hallaba mis pensamientos. También recordé al-

gunas palabras que sonaban extrañas en el idioma castellano, pero que eran de uso frecuente en la ciudad de La Paz: *Chuño, Wawa, Yapa, Achachila, aparapita...* Cuando tuve mi primera borrachera, aprendí que la resaca tenía su propio nombre en aymara, *Ch'aki*.

Alan, con sus oportunas palabras, me devolvió al sosiego del tiempo de mi juventud inmerso en libros —reservas de palabras compartidas—, a la emoción del descubrimiento y a la fascinación que aún tengo con las palabras.

En la universidad aparecieron nuevos mundos para mí y me di cuenta que todos estaban en este mundo, en el mundo de los libros, que había cientos, miles de palabras por coleccionar, me obsesioné con ellas y opté por las fichas, encontré una caja de madera entre las cosas de mi madre y la tomé para guardarlas palabra por palabra; era el arca de alianza que renovaba cada día con ellas y, hechizado por su poder de comunicación, quería tenerlas a mano para leerlas nuevamente, aprender sus sentidos, disfrutar de sus significados, asociarlas con otras, asumir que una palabra puede ser la misma y otra a la vez, reconocer que pueden cambiar de significados y que en la poesía se expresan a plenitud, como si los poetas las estuvieran nominando por vez primera.

Fui conociendo palabras que me deslumbraban: *Luminiscencia, Libélula, Crepúsculo, Celaje, Efímero, Crisálida*. Otras que bien podrían denominarse palabras internacionales, que las bauticé como “palabras errantes”, porque iban de un idioma a otro sin cambiar sus caracteres, tales como *Hotel, Hospital, Taxi...* o palabras originadas en la lengua común del latín: *Amar, Alma, Plenitud, Agua, Vida, Tierra...*

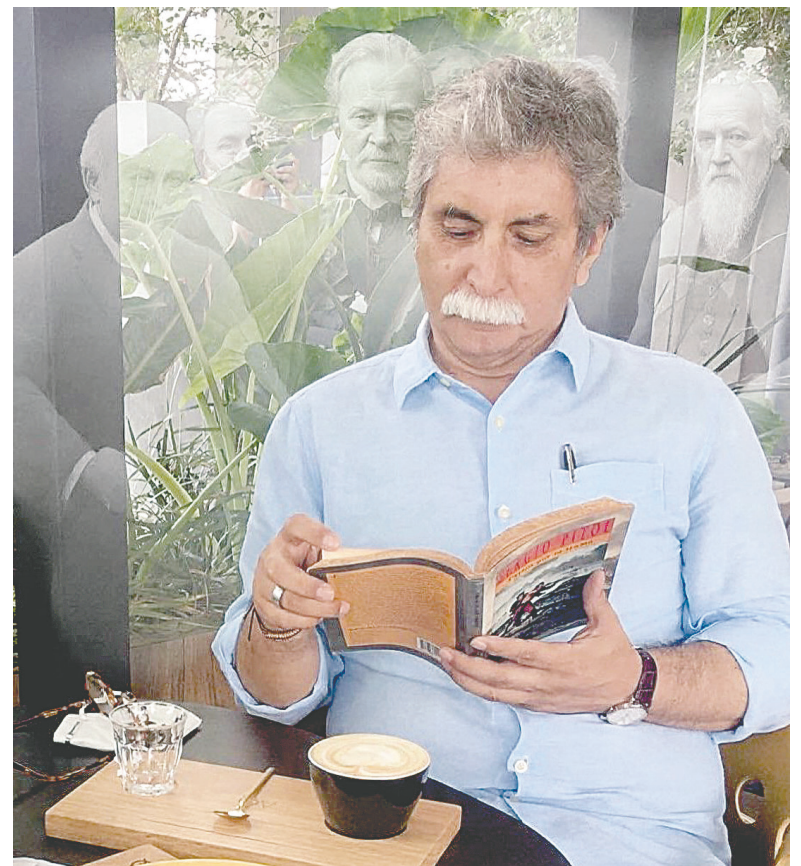
A medida que las coleccionaba, fui aprendiendo que la significación dependía del contexto; décadas después, leyendo a Wittgenstein, asumí su sabio postulado de “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”, y confirmé que el castellano tenía un infinito de palabras para expresar pensamientos, ideas e imágenes. Me apropié del lenguaje como fuente de conocimiento, tanto del mundo exterior como del interior.

Fue la época en la que, al influjo de las palabras, creí que, de verdad, existía el *Necronomicón*, un libro que contenía secretos de oscuros poderes a ser convocados por arcanas palabras herméticas, escrito, según H. P. Lovecraft, por un tal Abdul Al Hazred, que décadas más tarde descubrí que era una broma del autor de *Los mitos de Cthulhu*, jugando con las palabras Al Hazred, que eran un anagrama del inglés *all has read*, que traducido significa “el que todo lo ha leído”. Fueron años en los que asimilé que en *El laberinto de la soledad* el minotauro somos nosotros mismos.

Recuerdo algunas de las palabras de mis escritores preferidos; las fui descubriendo en mis lecturas. Son palabras que se repiten en sus versos o en sus prosas; recuerdo que las escribí, las estudié, las amé y me emborraché con ellas. Jorge Luis Borges eligió las palabras *Unánime* y *Conjetura* para amarlas con amor de bibliotecario. El marinero Pablo Neruda llegó al mundo cantando *Nenúfares, Estrellas y Caracolas*. En el baúl lleno de gente, todos los Pessoa compartían su amor por *Desasosiego* y *Lisboa* era

la palabra que los habitaba. Visitante profundo de los días, Julio Cortázar dejó instrucciones precisas para reconocer a los amigos entre los *Cronofamas* perdidos en la *Cosmopista*. Alejandra Pizarnik buscaba la *Muerte* en las palabras y revivía para morir en un nuevo poema. Calderón de la Barca nos enseñó que las palabras de unos son los *Sueños* de otros. Ya tenemos el recuerdo de César Vallejo celebrando la *Vida*, deslumbrándonos con la *Muerte*. Con Rubén Darío la poesía se nos hizo necesaria como el pan de la *Mañana*. Seduciendo *Alboradas*, Federico García Lorca descubrió que la *Sangre* era el *Agua del Amor*. El aventurero Oliverio Girondo persiguió la palabra disoluta, la más *Putas* de las palabras. Antonio Machado nos heredó *España*, la palabra que guarda la *Ñ* como un misterio indescifrable. Todos somos Walt Whitman, todos somos *Uno* enamorados del *Otro*. Jaime Sáenz reinó una *Noche* de la que todos tenemos memoria. Para Ricardo Jaimes Freyre, *Peregrina* es un trino amanecido que cantan las *Virgenes* en la vigilia. En Cochabamba, Edmundo Camargo velaba la poesía tal cual *Sombra* que se pierde en el *Laberinto del Tiempo*. Eduardo Mitre encontró en la palabra *Padre* la dimensión infinita del poema. Morador de las aguas, Ambrosio García descubrió la fuente de la mancebía en el *Amor* de las *Muchachas*. El corazón de versos, de Matilde Casazola, nos devuelve la *Ternura* para arrullarnos en las *Madrugadas*. Músico de palabras, Jorge Suárez *Serenateaba* infinitos sonetos al viento. En un siglo, Nicanor Parra no dejó de buscar la *palabra imposible*, la que destruya todo, la que haga renacer todo. Hermann Hesse me reveló que la *Felicidad* no es otra cosa que *Amor*, listo, he ahí una pequeña lista de ese inventario desaparecido.

Décadas después seguí descubriendo y anotando palabras, pero ya no de manera metódica. En mi etapa existencialista, la palabra *Auténtico*, empleada por Jean Paul Sartre en varios de sus textos, me hizo saber que no somos escritores por las cosas que escribimos, sino por la forma como las escribimos. Borges, sin duda alguna, fue una enciclopedia, siempre que lo leía encontraba una nueva palabra. Recuerdo que, al leer el poema “Para leer el I Ching”, quedé intrigado con *Ergástula*; la busqué en el diccionario y es el nombre que, en la antigua Roma, se daba a la cárcel para esclavos; nunca la usé en mis textos, pero me gusta. Los libros de Gabriel García Márquez que leí en mi juventud me sirvieron para reconocermelo como un escritor del sur del sur, un escritor del sur/realismo. Aún lo releo y recuerdo que, cuando leí *Memoria de mis putas tristes* (2004), encontré la palabra *Avorazado*, nunca antes la había escuchado ni leído, significa ambición desmedida; la guardé y aún no la he usado en ninguno de mis textos, no sé si alguna vez lo haré. Lo que importa es que aprendí una nueva palabra. Cada día sigo apuntando, en mi desventajada memoria, palabras que, de tan antiguas y en desuso, parecen como nuevas, o nuevas que, por su sonido, parecen antiguas. El año del Señor 2023 aprendí dos nuevas palabras, hermosas, sonoras y epifánicas: la palabra *Étimo*, la raíz de la que procede o deriva una palabra. Me la enseñó mi amiga Carmen



Concha-Nolte, peruana titulada en Lingüística, y la palabra *Amaoto*, el sonido de las gotas de lluvia, que llegó hasta mi cajita obsequiada por la poeta argentina Susana Vázquez.

Mi amiga Pilar Crespo recordó una palabra que le enseñó su padre: *Pendolista*: persona que escribe con muy buena letra; oficio que desempeñaban algunas personas que escribían cartas para las personas que no sabían escribir. En nuestro diálogo recordamos la hermosa película “Estación central”, protagonizada por Fernanda Montenegro, que interpreta a una profesora que escribe cartas para personas analfabetas y se encuentra con un niño cuya madre acaba de morir y quiere buscar al padre que nunca conoció.

Leyendo un artículo, descubrí una palabra que parece una enfermedad; sin embargo, significa picardía erótica: *Sicalipsis* es una cualidad de malicia sexual que pocos la tienen y suele ser muy divertida.

Recuerdo con nostalgia que, en la alta noche de mi juventud, me deslizaba en el interior de la cajita y, absorto, imaginaba juegos de palabras, volví a ser el niño asombrado ante el alfabeto, descubriendo las diferentes e ilimitadas combinaciones; recuerdo que las hacía dialogar entre ellas: las que tenían significados humildes contra las que rebosaban de soberbia, las que incitaban al pecado contra las castas, las pacifistas intentando calmar a las bélicas... Ahora, me doy cuenta que esas fichas eran un inconsciente homenaje al trabajo de los bibliotecarios, también quiero creer que de esa costumbre me vino la idea de enseñar a mis estudiantes que las respuestas a las preguntas están en la misma pregunta, que siempre hay una de palabra que encubre la respuesta.

Pasaron los años, me dediqué a otras cosas, a la burocracia, a los amigos, al alcohol; luego vino el amor y ocupó mis días, los hijos, la política, la literatura, los viajes y la locura, siempre la locu-

ra, y no supe del arca de la alianza de las palabras. Mi cajita palabarrera se perdió en alguna mudanza, no lo sé. Tal vez, simplemente, se hizo perder y se soterró en algún lugar de mi memoria, en espera de la palabra precisa que me recuerde dónde y cuándo la dejé, como un reproche por mi olvido. Sin embargo, los ecos de las palabras archivadas de manera ininterrumpida e interminable siguen en mí. Esto responde al cuestionamiento que surgía cuando en mi escritura incluía palabras o términos que, supuestamente, no conocía; ahora sé de dónde venían y sé que están ahí, en mi pasado/presente/futuro, en la cajita, esperando que las convoque. También explica por qué uno de mis libros se titula *Seres de palabras* y los ensayos que he venido escribiendo acerca del origen de las palabras que estoy reuniendo en un libro que se titula *Las Palabras y los días*, en el que incluyo temas como “La diversidad de la lengua española (o lenguas españolas)”, “La palabra, ese animal que nos recorre”, “Las palabras, el poder y la libertad”, “De la salvación por la poesía”, “Las palabras que nos habitan”, “Pequeña lista de palabras fecundas” y “La memoria de las palabras, el castellano boliviano”, porque sé que hay palabras que le dan sentido a la memoria poética de los idiomas.

Homero Carvalho Oliva, Bolivia, 1957, escritor y poeta, ha obtenido múltiples premios de cuento, poesía, novela, ensayo y microrrelato a nivel nacional e internacional. Su obra literaria ha sido publicada en otros países y traducida a varios idiomas; sus poemas y cuentos están incluidos en más de ochenta antologías internacionales; es autor de antologías de poesía, cuentos y microcuentos publicadas en muchos países.

Mujeres artistas de Bolivia: Una mirada histórica

Reynaldo J. González

Conversamos con Reynaldo J. González, autor de Mujeres artistas de Bolivia, libro en el que confluyen múltiples miradas que configuran una panorámica histórica muy relevante, y que también incluye un diccionario bibliográfico con más de 700 artistas.

Tú que eres un gran conocedor del arte boliviano ¿viste una necesidad o vacío historiográfico que te motivó a crear este libro?

Revisando la bibliografía artística en Bolivia se identificó, efectivamente, un gran desequilibrio entre la cantidad de artistas varones y mujeres citados en los libros de autores como Rigoberto Villarroel, Teresa Gisbert, José de Mesa y Pedro Querejazu, desequilibrio que se repite en las colecciones de arte oficiales del gobierno central y de los municipios que tienen muchas más obras de artistas varones que de mujeres. Entonces creemos que, aunque figuras como Marina Núñez del Prado y María Luisa Pacheco, entre muchas otras, son ampliamente conocidas, por lo general las contribuciones de las mujeres en el arte han sido históricamente infravaloradas o invisibilizadas.

¿Cómo estructuraste el proceso de investigación tomando en cuenta que abarca desde el siglo XVI hasta la actualidad?

Se buscó ilustrar la inserción gradual de la mujer en el campo de las artes a lo largo de casi un siglo y medio, por lo que fue muy importante hacer un trabajo investigativo que pueda dar luces sobre la labor de cientos de mujeres que no son muy conocidas. En ese sentido, se hizo un trabajo de búsqueda de informaciones en archivos y bibliotecas que pueda complementar las visiones ya ofrecidas en los libros de historia del arte para presentar un panorama lo más completo posible. De manera complementaria, se buscó un trabajo que ofreciese miradas plurales por lo que el libro incluye textos de renombrados investigadores como Michela Pentimalli, Luciana Molina, Juan Fabbri, José Arispe, Roberto Valcárcel, entre otros.

¿Cuáles fueron los mayores desafíos al rastrear obras y nombres de artistas mujeres en los períodos más antiguos?

La historiografía del arte boliviano empieza propiamente en la década de 1950 con el trabajo del crítico Rigoberto Villarroel y los primeros estudios de arte virreinal de los arquitectos José de Mesa y Teresa Gisbert. Antes de esos trabajos, hay una cantidad muy limitada de ensayos y monografías sobre arte boliviano que, por lo general, ofrecen informaciones muy sintéticas o imprecisas. Entonces, el principal desafío fue buscar nombres de mujeres artistas en fuentes que no presentan una visión propiamente histórica como memorias, artículos periodísticos o trabajos sobre otras áreas.

¿Qué fuentes primarias o archivos resultaron más reveladores?

Teniendo en cuenta las limitaciones de la bibliografía artística boliviana resultó muy importante buscar informaciones en diarios y revistas de la primera mitad del siglo XX. Estas publicaciones son una fuente muy rica de datos de una época que no ha sido apropiadamente estudiada en el ámbito cultural. Los contenidos de periódicos como “El Diario”, “La Noche”, “La Razón” y de revistas gráficas como “La revista de Bolivia” y “La Semana Gráfica”, entre otras, muestran que la actividad cultural de las décadas de 1900 a 1930 fue bastante importante, contrariando esa idea de que el arte boliviano comenzó recién con el indigenismo de los 30s. Hay que reconocer, sin embargo, que una de las principales deficiencias del trabajo fue la imposibilidad de consultar fuentes primarias como podrían ser archivos familiares o colecciones privadas, que podrían develar la existencia de muchas más mujeres artistas a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

¿Qué criterios utilizaste para decidir qué artistas incluir y tuviste que dejar fuera a algunas artistas? ¿Por qué?

La selección de las artistas estudiadas en los ensayos y en las monografías extensas del libro tuvo únicamente que ver con la disponibilidad de información en la bibliografía artística existente, por lo que de alguna manera el trabajo corrobora el canon artístico vigente repitiendo los nombres de las artistas de mayor influencia y proyección social: Núñez del Prado, Pacheco, María Esther Ballivián, Inés Córdova, Francine Secretan, Guiomar Mesa... entre otras. Dado que el tema es muy amplio fue imposible incluir a todas las artistas del país, muchas de las cuales merecen sin duda mayores estudios por sus contribuciones —entre ellas la orureña Magda Arguedas o la muy notable Graciela Rodó—. Sin embargo, de alguna manera se consiguió subsanar esta mirada limitada incluyendo en el libro un Diccionario de mujeres artistas con datos sobre más de 700 pintoras, dibujantes, grabadoras, escultoras, ceramistas, collagistas, etc. Creo que esta parte del trabajo demuestra que todavía hay mucho que estudiar y que sin duda hay muchas artistas que merecen aproximaciones de mayor profundidad.

¿Cómo equilibraste la presencia de artistas “históricas” con artistas contemporáneas?

Precisamente a través del Diccionario de mujeres artistas que incluye una cantidad mayor de informaciones sobre artistas activas en la actualidad que de artistas del pasado que ya fueron consignadas en otros estudios. Es precisamente en el Diccionario donde se da una mirada a la actividad actual de cientos de mujeres en los 9 departamentos del país, mostrando por ejemplo, el surgimiento de al menos dos generaciones importantes de mujeres artistas en Santa Cruz o la importante actividad de decenas de artistas egre-



sadas de las instituciones de formación artística de Potosí y Cochabamba. Creo que si se revisa detenidamente el Diccionario se puede evidenciar la presencia de muchas mujeres que están sobresaliendo cada vez con mayor incidencia en los concursos de arte nacionales o a través de exposiciones en galerías y museos. Entonces creo que el libro presenta una visión equilibrada entre lo histórico y lo actual.

¿Qué artistas, obras o procesos creativos te parecieron más adelantados a su tiempo?

Yo diría que analizar el arte de las mujeres en sus propios contextos y presentar a las mujeres en su papel de renovadoras de la plástica boliviana es una de las principales contribuciones del trabajo. Se señala, por ejemplo, la importancia de Elisa Rocha como primera artista profesional en un contexto dominado por artistas varones, la inscripción temprana de Núñez del Prado en el Indigenismo y su rol como precursora del abstraccionismo en la década de 1940, y la adscripción de Pacheco y Ballivián a corrientes internacionales como el expresionismo abstracto y el informalismo en las décadas de 1960 y 1970, cuando en Bolivia aún prevalecía un indigenismo figurativo de corte social ya un tanto anacrónico. Creo que uno de los mejores ejemplos en este tema puede ser, sin embargo, el caso de Inés Córdova quien en los 60s instauró la práctica de la cerámica contemporánea en Bolivia y, una década después, renovó la plástica local con sus collages textiles y sus ensambles metálicos que prefiguran prácticas artísticas más contemporáneas. También es muy importante señalar la importante presencia de mujeres artistas en las disciplinas del arte contemporáneo como Valia Carvalho, Alejandra Dorado, Raquel Schwartz, Aruma, entre muchas otras, con obras que muchas veces reflexionan sobre lo femenino o lo que significa ser mujer en la sociedad boliviana. Entonces creo que el libro demuestra que, por lo general, en nuestro país las mujeres han asumido posiciones de vanguardia en lo artístico.

¿Qué patrones de invisibilización hacia las mujeres artistas identifiaste en la historia del arte boliviano?

Es un tema muy complejo y discutible, pero creo que en general la historiografía local ha enfocado su mirada principalmente en artistas pertenecientes a grupos sociales privilegiados. Esto se ve también en el caso de las mujeres artistas, cuyas principales figuras son generalmente personas pertenecientes a familias pudientes, personas que han podido dedicarse enteramente al arte, viajar al extranjero para formarse y regresar al país con medios para proyectarse en el ámbito local con el apoyo de las instituciones y de los medios de comunicación. Creo que falta hacer mucha investigación sobre artistas que quedaron en segundo plano en las historias del arte boliviano, creadoras que tal vez no hayan alcanzado a producir un volumen de obra muy grande o cuyas obras no hayan sido incluidas en los libros y las colecciones oficiales. También es importante mencionar que casi todas las visiones del arte boliviano se plantearon desde La Paz, valorando a los y las artistas que ganaron premios o que expusieron en la sede de gobierno y dejando en una posición periférica a artistas de otros departamentos. En ese sentido pienso que hace mucha falta hacer historias del arte locales.

¿Qué particularidades tiene ser mujer artista en Bolivia a lo largo del tiempo que abarca el libro?

Revisando las biografías incluidas en el trabajo queda en evidencia que la actividad de las mujeres artistas ha sido en general condicionada por un contexto machista, conservador y cerrado como el boliviano. Esto se ve tanto en el muy tardío acceso de las mujeres a centros de formación artística como en las dificultades que casi todas las mujeres tienen que enfrentar para dedicarse profesionalmente al arte. Son muchas las mujeres artistas que luego de egresar de centros de estudios tuvieron que abandonar sus carreras para asumir roles sociales tradicionales impuestos como el cuidado de la casa y la crianza de los hijos, lo que en general ha causado que la producción de las artistas mujeres sea menor en volumen y menos constante en comparación a la de los artistas varones. También creo que el libro evidencia ciertos vínculos particulares entre la obra de las mujeres artistas y disciplinas y medios tradicionalmente asociadas a las mujeres como la cerámica y el arte textil. Además es muy destacable la producción de las mujeres en el ámbito del arte naif, quizás demostrando cierta independencia a los contenidos sociales que marcan gran parte de la obra de los artistas varones. Todas estas tendencias del arte femenino pueden estar relacionadas con especificidades de la sociedad boliviana.

¿Cómo influye el contexto social en el desarrollo de las artistas?

Por varios temas que menciono anteriormente pienso que, en general, la procedencia social de las artistas ha determinado el curso de sus carreras y su inclusión o exclusión en nuestra historia del arte. La mayor parte de las mujeres artistas más destacadas de mediados del siglo XX fueron personas de clase alta o media alta y habitantes de la ciudad, personas que tuvieron los medios para permitirse ejercer una profesión poco redituable como es la artística. Pero creo que una de las cosas que evidencia el Diccionario de mujeres artistas de del libro es la creciente presencia en las últimas dos décadas de artistas de procedencias sociales y culturales cada vez más heterogéneas. Se puede notar, por ejemplo, una cada vez más importante presencia de artistas de procedencia indígena, e incluso rural, en las escuelas de arte de El Alto y La Paz. También se evidencia que cada vez hay más mujeres artistas activas en ciudades como Cochabamba, Potosí y Santa Cruz. Otro aspecto que revela el diccionario es la creciente cantidad de mujeres artistas que en tiempos recientes lograron estudiar en universidades del extranjero y que desarrollan su obra fuera de Bolivia.

¿Qué similitudes y diferencias en contraste entre las dificultades de las artistas del pasado y las de hoy?

Las principales son el acceso a la formación artística y las posibilidades de seguir una carrera profesional en el medio. Si bien es cierto que en la actualidad la mitad de los estudiantes de las carreras de artes y las academias son mujeres todavía falta conseguir que éstas puedan desarrollar sus carreras artísticas en las mismas condiciones que los hombres. Creo, sin embargo, que corresponde a las mujeres artistas hablar de sus propios problemas y de las dificultades que enfrentan en la actualidad.

¿Cómo evalúas el lugar de la mujer en el arte boliviano actual?

Creo que las últimas dos o tres décadas marcaron un periodo de consagración de las principales mujeres artistas de Bolivia y, a la vez, el inicio de un proceso de visibilización de muchas otras que hasta ahora no recibieron la atención que merecen por el volumen y la calidad de su obra. Entonces vivimos en un contexto favorable para el reconocimiento de las mujeres artistas y eso equilibra de alguna manera una situación históricamente desfavorable para ellas.

¿Algo más que desees añadir?

Quisiera aclarar que el libro no buscó ofrecer una mirada crítica o de perspectiva de género del arte de las mujeres. Creo que el trabajo ha sido muy respetuoso en dejar que estos asuntos sean analizados por las mismas mujeres quienes saben mucho más de su propia realidad y de lo que significa ser mujer artista en el contexto local.